

la mayor desgracia que puede acaecer al hombre en esta vida es la impenitencia final. En tan infeliz estado los cielos ó los infiernos abiertos serian para el impenitente objetos de la mas fria indiferencia. Su empedernido corazon no seria susceptible del amor á Dios, ni del temor de la eternidad, y cierto en que hay premios y castigos perdurables, ni aspiraria á los unos, ni procuraria libertarse de los otros.

Llovian sobre Faraon y el Egipto las plagas: los castigos eran frecuentes, y Faraon perseveraba en su ciega obstinacion, porque „su corazon se habia endurecido,” como nos dicen las sagradas letras: *induratum est cor Faraonis*. Por tanto, oyentes mios, „si alguno de vosotros ha oido hoy la voz del Señor no quiera endurecer su corazon:” si se siente inspirado por algun auxilio, no debe despreciarlo ni dilatar su conversion para mañana, pues no sabe si despreciando este auxilio ya no habrá otro y se endurecerá su corazon. *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra*, nos dice el santo rey profeta. Hoy, pues, en este mismo instante debemos abrir el corazon, si toca á él la gracia del Señor: hoy debemos responder á su voz si nos llama, sin esperar á mañana, porque no sabemos si mañana viviremos, y porque no sea que cuando querramos implorar la misericordia de Dios, su Magestad nos desconozca como á las vírgenes necias, y siendo inútiles nuestras diligencias se cumpla en nosotros aquel terrible anatema con que el mismo Señor amenaza á los obstinados pecadores. *Os llamé, les dice, os llamé y no me oisteis: toqué vuestro corazon y no me lo franqueasteis: yo tambien á la hora de vuestra muerte me reiré y me burlaré de vuestros ruegos.*

Por semejante estilo fué el sermón que oí, y que me llenó de tal pavor, que luego que el padre bajó del púlpito, me entré tras él, y le supliqué me oyera dos palabras de penitencia.

El buen sacerdote condescendió á mi súplica con la mayor dulzura y caridad; y luego que se informó de mi vida en compendio, y se satisfizo de que era verdadero mi propósito, me

emplazó para el dia siguiente á las cinco y media de la mañana, hora en que acababa de decir la misa de prima: previniéndome que lo esperara en aquel mismo lugar, que era un rincon obscuro de la sacristia. Quedamos en eso, y me fuí al meson mas consolado.

Al dia siguiente me levanté temprano: oí su misa y lo esperé donde me dijo.

No me quiso confesar entónces, porque me dijo que era necesario que hiciera una confesion general: que tenia una bella ocasion que aprovechar si queria, pues en esa tarde se comenzaba la tanda de ejercicios, los que él habia de dar, y tenia proporcion de que yo entrara si queria.

Y cómo que quiero, padre, le dije: sí, á eso aspiro, á hacer una buena confesion. Pues bien, me contestó. disponga vd. sus cosas, y á la tarde venga: dígame su nombre al padre portero y no se meta en mas.

Dicho esto se levantó, y yo me retiré mas contento que la noche anterior; aunque no dejó de admirarme lo que me dijo el confesor de que dijera mi nombre en la portería, pues él no me lo habia preguntado.

No obstante, no me metí en averiguaciones. Llegué al meson: comí á la hora regular: pagué lo que debia: encargué mi caballo, dejando para su comida, y á las tres me fuí para la Casa Profesa.

CAPITULO XI.

En el que Periquillo cuenta como entró á ejercicios en la Profesa: su encuentro con Roque: quién fué su confesor: los favores que le debió, no siendo entre estos el menor, haberlo acomodado en una tienda.

UNMEDIATAMENTE que llegué á la portería de la Profesa, di el recado de parte del padre que iba á dar los ejercicios. El portero me preguntó mi nombre: lo dije, entonces vió un

papel y me dijo, está bien, que metan su cama de vd. Ya está aquí, le dije: la traigo á cuestras.—Pues entre vd.

Entré con él y me llevó á un cuarto donde estaba otro, diciéndome: este es el cuarto de vd. y el señor, su compañero. Diciendo esto se fué, y yo luego que le iba á hablar al compañero conocí que era el pobre Roque mi discípulo, amigo y fámulo antiguo. El tambien me conoció, y despues que nos abrazamos con la ternura imaginable, nos preguntamos recíprocamente y nos dimos cuenta de nuestras aventuras.

Admirado se quedó Roque al saber mis sucesos. Yo no me admiré mucho de los suyos, porque como él no habia sido tan extraviado como yo, no habia sufrido tanto, y sus aventurillas no habian pasado de comunes.

Al fin le dije: yo me alegro mucho de que nos háyamos encontrado en este santo claustro; y que los que algun dia corrimos juntos por la senda de la iniquidad, nos veamos juntos tambien aquí, animados de unos mismos sentimientos para implorar la gracia.

Yo tengo el mismo gusto, me dijo Roque, y á este gusto añado la satisfaccion que tengo de pedirte perdon, como de facto te lo pido, de aquellos malos consejos que te dí, pues aunque yo lo hacia por lisongearte y grangearme mas tu proteccion hostigado por mi miseria, no es disculpa: ántes deberia haberte aconsejado bien, y aun perdido tu casa y amistad, que haberte inducido á la maldad.

Yo poco habia menester, le dije: no tengas escrúpulo de eso. Creeite que sin tus persuasiones habria siempre obrado tan mal como obré.

¡Pero ahora tratas ya de mudar de vida seriamente? Me dijo Roque. Esa es mi intencion, sin duda, le contesté: y con este designio me he venido á encerrar estos ocho dias.

Me alegro mucho continuó Roque: pero, hombre, no sean tus cosas por la Virgen: ya somos grandes, y ya tú le has vis-

to al lobo no solo las orejas sino todo el cuerpo; y así debes pensar con seriedad.

No me disgusta tu fervor, le dije, sin duda eres bueno para fraile, y te habia de asentar lo misionero.

No pienso en ser predicador, me contestó: porque no me considero ni con estudios ni con el espíritu propio para el caso; pero sí pienso en ser fraile, y por eso he venido á tomar estos santos ejercicios. Ya estoy admitido en S. Francisco, y si Dios me ayuda y es su voluntad, pienso salir de aquí y entrar al noviciado luego, luego.

Me alegro, Roque, me alegro. Tú has pensado con juicio; aunque dice el refran que el lobo harto de carne, se mete á fraile. Ese es uno de tantos refranes vulgares y tontos que tenemos, decia Roque. Aun cuando quisieras decirme que despues que dí al mundo las primicias de mi juventud y ahora que tengo un pié en la vejez, quiero sujetarme al claustro y vivir bajo obediencia, no dirias mal; pero ¿caso porque fuimos malos muchachos y malos jóvenes, hemos de ser tambien malos viejos? No, Perico: alguna vez se ha de pensar con juicio: jamás es tarde para la conversion, y otro refran tambien dice, que mas vale tarde que nunca.

No, no te enojas, Roquillo, le dije: haces muy bien: esta es una chanza: ya conoces mi genio que naturalmente es jovial, y mas con amigos de tanta confianza como tú; pero haces muy bien en pensar de esta suerte, y yo procuraré sacar fruto de tu enojo.

¡Qué enojo ni qué calabaza! Decia Roque: ya conozco que hablas con chocarrería; pero te digo lo que hay en el particular.

En esto tocaron la campana y nos fuimos á la plática preparatoria.

Concluidos los ejercicios de aquella noche entró el portero á mi cuarto y me dijo de parte de mi confesor, que despues de la misa de prima en la capilla, lo esperara en la sacristía.

Leimos yo y Roque en los libros buenos que habia en la mesa hasta que fué hora de cenar, y despues de esto nos recogimos, habilitándome Roque de una sábana y una almohada.

Al dia siguiente me levanté temprano: oí la misa de prima: esperé al padre y comencé á hacer mi confesion general, enamorándome mas cada dia de la prudencia y suavidad del confesor.

El séptimo se concluyó la confesion á satisfaccion del confesor y con hartoon suelo de mi espíritu. El padre me dijo: que el dia siguiente era la comunion general: que comulgara y no fuera á desayunarme á mi cuarto, sino á su aposento, que era el número 7, saliendo de la capilla sobre la derecha. Así se lo prometí y nos separamos.

Increible será para quien no tenga conocimiento de estas cosas, el gusto y sociego con que yo dormí aquella noche. Parece que me habian aliviado de un enorme peso, ó que se habia disipado una espesa niebla que oprimia mi corazon, y así era á la verdad.

Al dia siguiente nos levantamos, aseamos y fuimos á la capilla, donde despues de los ejercicios acostumbrados, se dijo la misa de gracias con la mayor solemnidad, y despues que comulgó el Preste, comulgamos todos por su mano llenos del mas dulce é inexplicable júbilo.

Concluida la misa y habiendo dado gracias, fueron todos á desayunarse al chocolatero, y yo, despues que me despedí de Roque con el mayor cariño, fuí á hacer lo mismo en compañía de mi confesor, que ya me esperaba en su aposento.

¡Pero cuál fué mi sorpresa, cuando creyendo yo que era algun padre, á quien no conocia sino de ocho dias á aquella fecha, fuí mirando que era mi confesor el mismísimo Martín Pelayo, mi viejo amigo y excelente consejero.

Al advertir que ya no era un Martín Pelayo á secas, ni un muchacho bailador y atolondrado; sino un sacerdote sabio, ejemplar y circunspecto, y que á este y no á un extraño le ha-

bia contado todas mis gracias, no dejé de ruborizarme: á lo menos me lo debió conocer el padre en la cara, pues tratando de ensancharme al espíritu me dijo: ¡qué no te acuerdas de mí, Pedrito? ¡No me das un abrazo? Vamos, dámelo, pero muy apretado. ¡Cuántos deseos tenia yo de verte y de saber tus aventuras! Aventuras propias de un pobre muchacho sin experiencia ni sujecion. Entonces nos abrazamos estrechamente, y luego me hizo sentar á tomar chocolate, y continuó diciéndome: Toda vergüenza que tengas de haberte confesado conmigo, es escusada, cuando sabes que he sido peor que tú, y tan peor que fuí tu maestro en la disipacion. Acaso mis malos consejos coadyuvaron á disiparte, de lo que me pesa mucho; pero Dios ha querido darme el placer de ser tu director espiritual, y de reemplazar con máximas de sólida moral los perversos consejos que te dí algunas veces.

Porque ese espíritu no se acobardara con la vergüenza, traté siempre de confesarte en lo obscuro, y tapándome la cara con el pañuelo; mas luego que logré absolverte, quise manifestarte tu amigo. Nada de cuanto me has dicho me coje de nuevo. Yo habré cometido todos los crímenes que tú: ante Dios soy delincuente, y si no me he visto en los mismos trabajos, y me he sujetado un poco mas temprano, ha sido por un efecto especial de su misericordia. Conque así, no estés delante de mí con vergüenza. En el confesonario soy tu padre, aquí soy tu hermano: allí hago las veces de un juez, aquí desempeño el título de amigo que siempre he sido tuyo, y ahora con doble motivo. En vista de esto, me has de tratar aquí como aquí, y allá como allá.

Fácil es concebir que con tan suave y prudente estilo me ensanchó demasiado el espíritu, y comencé á perderle la vergüenza, mucho mas cuando no permitió que le hablara de vd. sino de tú como siempre.

Entre la conversacion le dije: hermano, ya que te he debido tanto cuanto no puedo pagarte, y me has dicho que el caba-

llo, la manga, el sable y todo esto debo restituirlo; te digo que lo deseo demasiado; porque me parece que tengo un sanbenito, y temo no me vaya á suceder con esto otra burla peor que la que me sucedió con la capa del Dr. Purgante. Cierto es que yo no me robé estas cosas; pero sea como fuere, son robadas, y yo no las debo tener en mi poder un instante.

Yo quisiera quitármelas de encima lo mas presto, y ponerlas en tu poder para que ó avisando de ello en la acordada, ó al público por medio de la gaceta, ó de cualquiera otra manera, se le vuelva todo á su dueño lo mas pronto, ó no se le vuelva; el fin es que me quites este sobrehueso, porque si lo bien habido se lo lleva el diablo, lo mal habido ya sabes el fin que tiene.

Todo eso está muy bueno, me dijo Pelayo; pero ¿tienes otra ropa que ponerte? Qué he de tener, le dije, no hay mas que esto, y seis pesos que han sobrado de las pistolas. Pues ahí tienes, decia Martin como por ahora no puedes deshacerte de todo, pues te hallas en extrema y legitima necesidad de cubrir tus carnes aunque sea con lo robado. Sin embargo, verémos qué se hace. Pero dime: ¿qué giro piensas tomar? ¿En qué quieres destinarte? ¿O de qué arbitrio imaginas subsistir? Porque para vivir es menester comer, y para tener que comer es necesario trabajar, y á tí te es esto tan preciso, que mientras no apoyes en algun trabajo tu subsistencia, estás muy expuesto á abandonar tus buenos deseos, olvidar tus recientes propósitos y volver á la vida antigua.

No lo permita Dios, le dije con harta tristeza; pero hermano mio: ¿qué haré, si no tengo en esta ciudad á quien volver mis ojos, ni de quien valerme para que me proporcione un destino ó donde servir aunque fuera de portero? Mis parientes me niegan por pobre, mis amigos me desconocen por lo mismo, y todos me abandonan, ya por calavera, ó ya porque no tengo blanca, que es lo mas cierto, pues si tuviera dinero, me sobrarian amigos y parientes aunque fuera el diablo, como me

han sobrado cuando lo he tenido; porque lo que estos buscan es dinero no conducta, y como tengan que estafar nadie se mete en averiguar de donde viene. Venga de donde viniere, el caso es que haya que chupar, y aunque sea el chupado mas indigno que Satanás, amasado con Gestas y Júdas, nada importa: los lisongeros paniaguados incensarán al ídolo que los favorece por mas criminal que sea, y con la mayor desvergüenza alabarán sus vicios como pudieran las virtudes mas heróicas.

Lo siento, hermano; pero esto lo sé por una continua experiencia. Estos amigos pícaros que me perdieron y que pierden á tantos en el mundo, saben el arte maldito de disfrazar los vicios con nombre de virtudes. A la disipacion, llaman liberalidad: al juego, diversion honesta, por mas que por modo de diversion se pierdan los caudales: á la lubricidad, cortesania: á la embriaguez, placer: á la soberbia, autoridad: á la vanidad, circunspeccion: á la grosería, franqueza: á la chocarrería, gracia: á la estupidez, prudencia: á la hipocresía, virtud: á la provocacion, valor: á la cobardía, recato: á la locuacidad, elocuencia: á la zoncería, humildad: á la simpleza, sencillez: á la... pero ¿para qué es cansarte, cuando sabes mejor que yo lo que es el mundo, y lo que son tales amigos? En virtud de esto, yo no sé que hacer, ni de quien valerme.

No te apures, me dijo el padre Pelayo: yo haré por tí cuanto pueda. Fia en la Suprema Providencia; pero no te descuides porque hemos de estar en esta triste vida á Dios rogando y con el mazo dando.

Su Magestad te pague tus consuelos y consejos, le dije; pero hermano, yo quisiera que te interesaras con tus amigos á efecto de que logre algun destino, sea el que fuere, seguro de que no te haré quedar mal.

Ahora mismo me ha ocurrido una especie, me dijo, espérame aquí. Al decir esto se fué á la calle, y yo me quedé leyendo hasta las doce del dia, á cuya hora volvió mi amigo.

En cuanto entró, me dijo: albricias, Pedro: ya hay destino. Esta tarde te llevo para que te ajustes con el que ha de ser tu patron, con quien te tengo muy recomendado. El es amigo mio y mi hijo espiritual: con esto lo conozco, y estoy seguro de sus bellas circunstancias. Vaya, tú debes dar á Dios mil gracias por este nuevo favor, y manejarte á su lado con conducta, pues ya es tiempo de pensar con juicio. Acuérdate siempre de las desgracias que has sufrido, y reflexiona en los pagos que dan el mundo y los malos amigos. Vamos á comer.

Le dí los debidos agradecimientos, se puso la mesa, comimos, y concluido esto rezamos un Padre nuestro por el alma de nuestro infeliz amigo Januario. Dormimos siesta, y á las cuatro, despues de tomar chocolate, salí en un coche con el padre Pelayo á la casa del que iba á ser mi amo.

En cuanto me vió parece que le confronté, porque me trató con mucha urbanidad y cariño. Tal debió de ser el buen informe que de mí le hizo nuestro confesor y amigo.

Era hombre viudo, sin hijos, rico y liberal: circunstancias que lo debian hacer buen amo, como lo fué en efecto.

El destino era cuidar como administrador el meson del pueblo llamado *San Agustin de las Cuevas*, que sabeis dista cuatro leguas de esta capital, y girar una buena tienda que tenia en dicho pueblo, debiendo partirse á medias entre mí y el amo las utilidades que ambos tratos produjeran.

Se deja entender que admití en el momento, llenando á Pelayo de agradecimientos: y habiendo quedado corrientes, y aplazado el dia en que debia recibir, nos fuimos yo y mi amigo Martin para la Profesa.

En la noche platicamos sobre varios asuntos, rematando Pelayo la conversacion con encargarme que me manejara con honradez y no le hiciera quedar mal. Se lo prometí así, y nos recogimos.

Al dia siguiente me dejó mi amigo en su aposento, y á po-

co rato volvió habilitado de géneros y sastre: hizo me tomara medida de capa y vestido, y habiéndole dado no sé que dinero, lo despidió.

Si me admiró la generosidad del padre Pelayo, y si yo no hallaria expresiones con que significarle mi gratitud, facil es conjeturarlo. El me dijo: te he suplido este dinero y he hecho estas diligencias en tu obsequio por tres motivos: porque no maltrates mas esa ropa que no es tuya: porque no te exponga ella misma á un bochorno, y porque tu amo te trate como á un hombre fino y civilizado, y no como á un payo silvestre. Hace mucho al caso el traje en este mundo, y aunque no debemos vestirnos con profanidad, debemos vertirnos con decencia y segun nuestros principios y destinos.

A los tres dias vino el sastre con la ropa: me planté con capote y chaquetita; pero al estilo de México: Pelayo fué conmigo al meson, donde le entregué el caballo y sus arneses: volvimos á la Profesa, hice una lista de todo lo que le entregaba, y al otro dia puso Martin todo aquello en poder del capitan de la Acordada, para que este solicitara sus dueños ó viera lo que hacia.

No restando ya mas que hacer sobre esto, y llegando el dia en que habia de recibir la tienda y el meson, fuimos á San Agustin de las Cuevas: me entregué de todo á satisfaccion: mi amo y el padre volvieron á México, y yo me quedé en aquel pueblo manejándome con la mejor conducta, que el cielo me premió con el aumento de mis intereses y una serie de felicidades temporales.